

mucha contradicción: y lo más sensible es que se hallase en quien menos debiera, que fue el gobernador de aquella ciudad. Nada le faltó que hacer á este buen caballero para impedir el que los jesuitas se surtiesen por sí mismos de todos los géneros, hasta llegar á intentar por medio de los señores que forman el Cuerpo de la ciudad, que ningun vecino de ella sirviese con sus barcos al P. Pignatelli. Pero hubo de pasar por el dolor de ver del todo frustrados sus depravados intentos: porque cansado el P. Pignatelli de sufrir tan continuadas injusticias, á pesar de su humildad se vio obligado á acordarle su nacimiento al mismo Gobernador en persona y á decirle que «aunque era un pobre religioso desterrado, y tenía á mucha dicha el serlo, no le faltaría medio para introducir en el senado de la república de Génova un memorial, en que se hicieran patentes al Serenísimo Dux los muchos y muy sensibles agravios que de él recibían cada día los jesuitas españoles.» Temió el Gobernador, como hombre, la autoridad del P. Pignatelli; como genovés, jamás cesó de hacer su negocio á costa de los jesuitas. Y á no tener estos un broquel tan poderoso, hubieran recibido no pocos disgustos más del dicho Gobernador.....»

«Últimamente logró el P. Pignatelli con su prudencia y actividad que se rebajase á los jesuitas el alquiler de las casas, que segun el bando que se había echado, era excesivo en extremo. Parecióle que este pleito le debía reñir el comisario español D. Luis Gnecco: hablóle Su Reverencia sobre el asunto, haciéndole ver la iniquidad que se usaba con los jesuitas.» Y añade el P. Olcina: «Con estas tan sabias y oportunas providencias tomadas por el P. Pignatelli se ahuyentó bien lejos de Bonifacio el hambre.»

La cuestión de los crecidos alquileres de las casas se originó de un concierto que hicieron entre sí los vecinos de San Bonifacio. Estos, apenas supieron la llegada de los Padres españoles, temiendo no tuviesen que irse á otra parte los nuevos huéspedes por falta de local en que alojarlos, se habían convenido en estrecharse todo lo posible en sus casas con el fin de poder dar

cabida en ellas á los españoles: y porque algunos reacios no querían entrar en el plan, idearon otros comprometerlos con el interés, y lograron que el gobernador publicase un bando en el que se tasaban las habitaciones á cuatro duros anuales por cabeza. Nada supieron los Padres de semejante bando; y por la precipitación con que Barceló tuvo que alojarlos, no les quedó tiempo para contratar con los dueños de las casas. Pero llegó la hora de ajustar cuentas, y á todos les parecieron muy pesadas unas condiciones impuestas sin su conocimiento.

Verdad es que la incomodidad de haberse estrechado por dar entrada á los huéspedes, merecía recompensa, y no se trataba de negársela; pero que por un aposento desmantelado, en el cual vivían hacinadas ocho ó diez personas, tuviesen que pagarse más de treinta ó cuarenta duros, era cosa tan exorbitante, que podía llamarse hasta cruel, mayormente en la condición precaria y miserable de los huéspedes.

El P. Pignatelli decidióse á hablar al comisario Gnecco, hecho ya su amigo, para que este lo hiciese con el gobernador á fin de llegar pronto á algun arreglo. Mas, ó fuese que el gobernador, segun se dijo, estuviese interesado en el negocio, ó que temiese disgustar á su gente, ó por último que se avergonzase de revocar el bando, lo cierto es que dio muy buenas palabras, pero no cumplió ninguna. Hirió vivamente esta conducta al comisario regio; y como viese que nada servía obrar á buenas, amenazó con dar aviso de lo que pasaba al senado de Génova y á la corte de Madrid, para que llevase cada cual su merecido. Un miedo desterró al otro. El bando se revocó, y los vecinos de San Bonifacio, que, fuera de unos pocos, opinaban en el particular como los Padres, se unieron más con ellos, sin haber ya desde entonces el más ligero motivo de disgusto, ni alterarse la concordia y la paz, que reinó siempre entre huéspedes y albergadores.

Ordenadas de este modo las cosas, y cubiertas ya las primeras y más urgentes necesidades lo menos mal que fue posible, se dedicó el P. Pignatelli á más interesantes ciudadanos. Desde

que salieron de Civitavechia, no pasaba día sin que el P. Provincial consultase con nuestro P. Pignatelli sobre los medios más á propósito para conservar sin lesion la disciplina religiosa y el estudio de las letras y ciencias, cosas que estaban en gran peligro por lo anómalo de las circunstancias; pero todo era poco menos que inútil, ya que no era posible establecer cosa alguna con firmeza, cuando ni sabían siquiera á qué sitio iban á parar, ni si estarían todos juntos ó tendrían que dispersarse. Al verse ya de asiento en San Bonifacio, sin pérdida de tiempo acordaron lo que se había de hacer, y pusieron manos á la obra.

En primer lugar, por lo tocante á la disciplina se plantearon todas las costumbres como se observaban en las casas y colegios de España. Repartidos los sujetos segun su grado y condicion, se les designaron sus respectivos Superiores: se distribuyeron las ocupaciones de todo el día, dando á cada persona las suyas particulares, á más de las que eran comunes á todos. Había sus tiempos para el estudio, la recreacion y el paseo; sus horas para la oracion mental y vocal, lectura de libros devotos, exámenes de conciencia y demás prácticas de piedad; y en cada domicilio, aun en los que vivían solos tres ó cuatro juntos, había uno destinado para dar la señal con la campana á sus horas y vigilar sobre la observancia comun. Los novicios y los Padres de tercera probacion, los cuales vivían tambien juntos y por separado de los demás, tenían asignados ejercicios propios de su condicion en la Compañía.

La necesidad de constituir con el debido orden las casas de la Provincia y de establecer la disciplina religiosa era tanto más urgente, cuanto que eran mayores los peligros á que se veían expuestos, mayormente los jóvenes, segun escribía el autor del Diario en 26 de Abril de 1768¹. Hablando del comisario regio D. Pedro de la Forcada, que había ido á San Bonifacio á dar la pension á los Padres aragoneses, dice: «Va haciendo muy bien por allí, segun cartas de aquella ciudad, el oficio de tentador y

¹ Tomo 2.º, pág. 65.

propiamente de demonio: la cual ocupacion parece que se les ha dado [á los comisarios] de la corte. Con su artificio, maña y maligno agrado ha hecho ya que seis salgan de la Compañía. Con otros muchos, añaden las mismas cartas, le han salido mal sus astucias y diligencias, y se ha visto obligado á oír buenos desengaños. En particular cuentan un lance, que le sucedió con un jóven, que creo ha de ser el P. Nicolás Pignatelli¹, hermano del conde de Fuentes. Hizole el comisario una platiquita al asunto de persuadirle que saliese de la Compañía; y después le entregó una carta de su hermano, en la cual le dijo que se le decia lo mismo que él le aconsejaba. El jóven, habiendo cogido la carta, la hizo pedazos sin quererla leer, estando presente el mismo Forcada, de cuya mano no quiso recibir otra carta de una persona de autoridad.»

Lo que más costó al P. Pignatelli fue proporcionar á los sacerdotes el consuelo de celebrar la santa misa. No había en la ciudad más que tres iglesias públicas, una de los Padres de Santo Domingo, otra de los de San Francisco, y la parroquial; pues aunque había tambien en el arrabal una capillita dedicada á San Telmo, no tenía más que un ornamento; y los que usaban en la parroquia en los días no festivos, tenían sus dueños que los guardaban bajo llave, y había que darles algun dinero para que los prestasen.

Á las iglesias de los dichos Padres Dominicos y Franciscanos acudían los más de los Padres que era posible; porque aquellos buenos religiosos todo lo ofrecían gratuitamente, acompañándolo con obras y palabras de tanta caridad y de tan generoso afecto, que son dignos de eterna gratitud. Echando, pues, la cuenta de los altares y ornamentos de que se podía disponer por favor ó por dinero, determinó el P. Pignatelli que los Padres fuesen diciendo misa por turno, y que comulgasen el día que no les tocaba decirla. Este orden de cosas duró solo algunos meses; pues el P. General, no contento con animar y consolar á

¹ Quizás le confunda con el P. José.

aquellos atribulados hijos con frecuentes y ternísimas cartas, les envió desde Roma buena porción de ornamentos sagrados.

Era notable el espíritu y la devoción con que celebraban. Había entre los Padres hombres ya caducos y agobiados de achaques, que se levantaban mucho ántes de rayar el alba para no hacer falta á la hora fija, sin que les arredrase ni la lluvia ni el frío, aun en lo más riguroso del invierno; otros estaban en ayunas hasta el mediodía ó poco menos; y algunos tenían que andar diariamente tres millas de ida y tres de vuelta, que era lo que distaba el pequeño convento de Padres Menores Observantes, donde podían celebrar unos cuantos.

Pasmada tenía á toda aquella gente á la redonda fervor tan extraordinario: y lo que más les llamaba la atención era, que aquellos Padres, si bien pobrísimos, no aceptaban limosna alguna por la misa; antes por el contrario muchos de ellos tenían que pagar semanalmente buenos cuartos por que les prestasen el recado. Conocidas por el Sumo Pontífice Clemente XIII las dificultades y trabajos de los españoles en San Bonifacio, les concedió que pudiesen erigir altares en las mismas casas en que vivían, y que en ellos celebrasen el santo sacrificio. Esta concesión fue otorgada en 15 de Noviembre de 1768.

En días determinados juntábanse todos en dos iglesias para oír una exhortación común que los estimulase á la fidelidad con Dios y perfección religiosa. Á sus tiempos se hacía la acostumbrada renovación de votos, y durante el año los ejercicios de San Ignacio una vez por ocho días enteros.

Agregáronse á estas obras ordinarias otras que no lo eran. Se celebraba el primer viernes de cada mes como consagrado al culto especial del Sacratísimo Corazón de Jesús; mas el festejo de aquel día era todo interior, y consistía en redoblar el fervor del espíritu: ayunaban con suma rigidez; los no sacerdotes comulgaban; y todos sin excepción en las frecuentes visitas á Jesús Sacramentado suplicábanle ardientemente por su Corazón divino que trocarse en bonanza la deshecha tempestad que amenazaba sumergir á la Compañía, ó que á lo menos, robusteciese

el corazón de sus hijos para resistir á los embates presentes y á los peores que se columbraban no muy lejanos.

Disponíase cada cual para las festividades de la Virgen, de los Santos de la Compañía y singularmente de San Ignacio, redoblando las oraciones, penitencias y ejercicios de humildad. Iban delante con el ejemplo los más provectos en edad y los más distinguidos en nobleza y talento, superándolos á todos el Padre Pignatelli. Y era tal la santa porfía de aventajarse unos á otros en el ejercicio de las virtudes, que los Superiores tuvieron que atajar algún exceso que empezaba á asomar con daño visible de la salud.

En bien y aprovechamiento de sus prójimos nada ó poco pudieron hacer; mas no dejaron de cumplir lo que debían á su vocación en este punto, ya con coloquios y razonamientos privados, ya con el ejemplo de sus virtudes, ya con santos deseos y fervientes oraciones. Y grande á la verdad hubo de ser este ejemplo, cuando dura fresca aún en aquel pueblo su memoria transmitida de padres á hijos.

Á principios del mes de Octubre una noticia grandemente consoladora vino á llenar de gozo el corazón de los pobres desterrados; y fue la nueva de que habían arribado á Aiaccio cincuenta y nueve entre Padres, Hermanos y novicios, último resto de la Provincia de Aragón, de cuya permanencia en España al salir los demás, hay que decir algo aquí.

La sentencia de destierro exceptuaba á los procuradores de las casas y colegios, ó á sus Superiores, si no había en la comunidad quien ejerciese aquel oficio. Además se mandó detener á los enfermos, cuyo estado de gravedad, según lo prevenido por la pragmática sanción, fuese á juicio de los facultativos tal, que al moverlos amenazara peligro de la vida. Por lo que hace á estos, apenas se repusieron un poco y pudieron tenerse en pie, se les mandó á casa de sus padres ó parientes, para llamarlos después á su tiempo y enviarlos á reunirse con los demás en Italia.

Los procuradores fueron colocados en casas religiosas: y por razones bien sencillas y fáciles de adivinar, se escogieron las

pertenecientes á órdenes, que con motivo de antiguas diferencias escolásticas se mostraron menos afectas á la Compañía, ó con más ó menos fundadas razones se presumía que actualmente lo fuesen. Algunos fueron bien recibidos y mejor tratados; otros, sin duda por falta de algunos pocos, y de seguro por error de entendimiento y no por culpa de voluntad, fueron sometidos á una rígida vigilancia, y tenidos á manera de excomulgados, hasta el punto de negárseles el consuelo de confesarse y celebrar el santo sacrificio.

Citados á la presencia de jueces y comisionados regios, mandóseles registrar y comparar menudamente y una por una, las partidas del debe y haber: se les pidió estrechísima cuenta de entradas y salidas, de deudas, censos y créditos, y de cuanto era necesario para poner á aquellos señores al corriente de toda su administracion. Registráronse los archivos, se repasaron los libros, revistáronse las escrituras, con el deseo y la esperanza de tropezar con el cuerpo del delito; mas todo en vano: la administracion era clara, el manejo limpio, y cada procurador hombre religioso de intachable conciencia. Los montes de oro que tantas cabezas habían soñado ocultos en casa de jesuítas, no parecieron, y los advertidos y previsores ministros no sé lo que quedaron más, si abochornados ó furiosos.

En seguida se intimó en toda forma y con la mayor solemnidad la orden del destierro á los procuradores, y bajo buena escolta se los trasladó á Cartagena, donde en breve se hallaron reunidos doscientos cincuenta jesuítas, incluso los achacosos y enfermos que iban llegando de varios puntos del reino, y además ocho novicios de la casa de Torrente, junto á Valencia, que allí habían quedado desde el día en que se intimó la orden del extrañamiento. Á estos jóvenes un comisario regio, arrogándose facultades que no tenía, los arrojó de casa, é hizoles vestir de seglares á la fuerza: y aunque con ruegos y amenazas logró seducir á otros ocho que estaban en el mismo caso; nada adelantó con aquellos, que estaban ansiosos de alcanzar el mérito y la gloria de seguir á los Padres en el destierro.

Zarparon, pues, todos juntos de Cartagena el día 7 de Octubre, y en menos de un día de navegacion arribaron á Aiaccio. Noticioso el Provincial de Aragon de que había entre ellos cincuenta y nueve que eran súbditos suyos, dispuso que todos se quedasen en Aiaccio, salvo los ocho novicios, que ordenó se juntaran con los demás de San Bonifacio. No es para dicho el júbilo y el cordial hacimiento de gracias á la divina bondad con que fueron acogidos aquellos jóvenes. Toda la Provincia con el Superior y el P. Pignatelli á la cabeza fue presurosa á la playa para recibirlos como merecía su generosidad superior á los años; y todos ardían en ansias de verlos, darles el parabien y estrecharlos entre sus brazos. Lleváronlos poco menos que en triunfo hasta el noviciado, donde los novicios, que estaban aguardándolos, renovaron las demostraciones de regocijo y les hicieron el más amoroso recibimiento.

Mirábanse unos á otros aquellos valientes jóvenes, al ver cuán lejos estaban sus hermanos de recibirlos como ciertas personas les habían pronosticado para atemorizarlos y retraerlos de su generosa resolucion. No ocho solamente, sino ciento que hubiesen aportado á aquella isla, recibieran de su madre la Compañía las mismas señales de maternal cariño. «Jamás llegará á suceder,» decía el P. Pignatelli, «que Dios abandone á sus siervos, que por él lo dejan todo. Yo por mi parte repartiré entre todos lo que haya: y si de hambre hubiéremos de morir, yo seré el primero.» Cuarenta eran los novicios aragoneses en San Bonifacio: ninguno recibía pension del rey, y todos fueron atendidos como los demás¹.

Otro consuelo les deparó la Providencia por este tiempo. Al poner el pie en San Bonifacio, despacharon los Padres otra vez con cartas á Roma aquel jóven catalan, de quien ántes he-

¹ Además de los novicios que vivían en las casas de probacion de Tarragona y Torrente, otros, mayormente coadjutores, estaban repartidos entre las casas y colegios. Estos últimos con los 19 de Tarragona y los 8 de Torrente, formaban los 40 de San Bonifacio.

mos hablado. Como este al salir preguntase á un Padre si se le ofrecía algo para Roma, «Hombre,» le respondió, «yo no quiero que me traigas de Roma otra cosa más que un pie del Padre Santo.» Llegado el mensajero á Roma, contó lo sucedido á unos Padres de la casa profesa, que lo celebraron mucho. Dijoselo uno de ellos á un cardenal; y este le dio una chinela del Papa con una cruz en el medio. «El jóven la iba mostrando por nuestras casas:» escribe el P. Luengo¹, «todos la besaban con tal devoción, como si besasen el pie de Su Santidad.»

El mismo oficio de llevar cartas é instrucciones del P. General á las Provincias españolas, y viceversa, hacía otro buen español, llamado D. José de la Torre, domiciliado en Roma; el cual fue muy perseguido por no quererse apartar del trato con jesuitas, no obstante la prohibición de la corte de Madrid².

¹ *Diario*, Tomo 1.º, pág. 576.

² P. LUENGO, *ibid.*

CAPÍTULO III

Ordénanse los estudios de la Provincia. — Instituye el P. Pignatelli academias científicas y literarias. — Carta del P. José Reig. — Demostraciones de afecto al P. Pignatelli. — Propuesta de Pombal á Carlos III de exigir al Papa la abolición de la Compañía. — Adhiérese á ella el rey. — Causas que se han de alegar y medidas que deben tomarse para obligar al Papa. — Opta Azara por la violencia. — Ardid para sorprender al P. Ricci. — Entra Francia en posesión de la isla de Córcega. — Atropellos de que son víctimas los jesuitas en San Bonifacio. — Defiéndelos el P. Pignatelli. — Vense obligados á abandonar á Córcega. — Molestias que padecen. — Ejemplo de los PP. Pignatelli. — Llegada á Calvi. — Obsequian los oficiales franceses á los PP. Pignatelli. — Llegada de un novicio y un candidato venidos de Barcelona. — Historia del jóven Antonio Vidal. — Circular del Consejo Extraordinario contra profecías y revelaciones favorables á la Compañía.

1768

Si grande fue el empeño del P. Pignatelli en establecer el orden y observancia regular, no fue menor su cuidado en atender á los estudios de los jóvenes escolares, para lo cual tuvo que superar dificultades gravísimas. Carecíase absolutamente de libros; y en San Bonifacio no había posibilidad de proporcionárselos, por ser este artículo allí desconocido, y suma la pobreza de los Padres. En vista de todo esto opinaban muchos que lo mejor era dejar los estudios para más adelante; pero no así el P. Pignatelli. Veía que una muchedumbre de jóvenes de imaginación